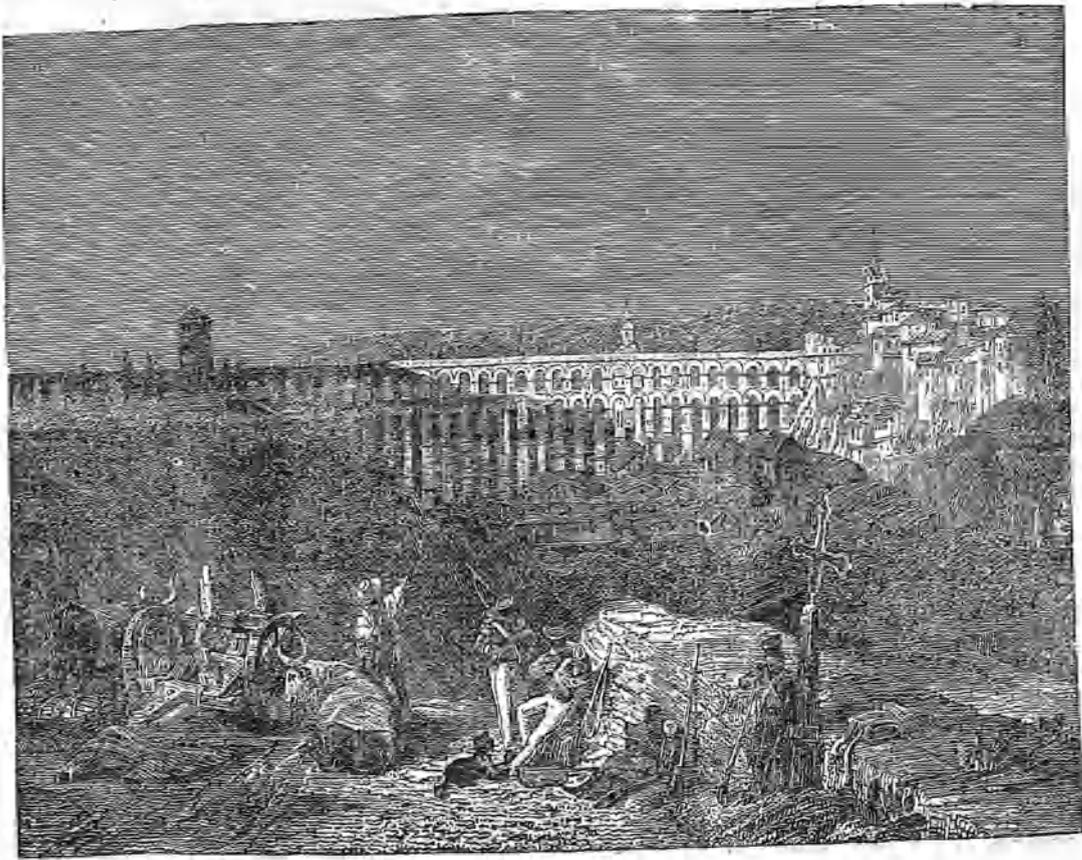


ESPAÑA PINTORESCA.



EL ACUEDUCTO DE SEGOVIA.

Sentre los muchos monumentos antiguos que recomiendan á Segovia, el mas importante por su objeto y por su grandiosa ejecucion, es el acueducto romano.—Esta ciudad se halla situada sobre dos colinas, y en el valle que las separa, posicion que privaba del agua á una gran parte de sus habitantes. En una época remota que la mayor parte de escritores fijan en el reinado de Trajano, trató de satisfacerse aquella necesidad por un acueducto, que aun en el dia es una de las obras romanas mas admirables y mejor conservadas. Empieza á nivel de la tierra recibiendo desde luego el agua que conduce, sostenido por un solo orden de arcos que en un principio no exceden de tres pies, y siguiendo por un declive casi insensible va á ganar la cima de la colina que está al extremo opuesto de la ciudad, adquiriendo altura á medida que el terreno baja, de suerte que en la parte mas elevada parece un puente levantado sobre un abismo. Hay dos ramales que forman con relacion á la ciudad un ángulo bastante obtuso; y desde el principio de este ángulo, es desde donde en realidad se hace imponente. Allí sus dos órdenes de arcos se elevan majestuosamente uno sobre otro, y causa ciertamente

asombro al comparar con su elevacion su estrecha base. La solidez de este monumento que ha desafiado los esfuerzos por lo menos de diez y seis siglos, parece inexplicable cuando se examina de cerca la sencillez de su construccion, que se compone únicamente de piedras cuadradas colocadas unas sobre otras, sin apariencia exterior de cemento alguno de argamasa, bien sea porque efectivamente hayan sido colocadas sin aquel auxiliar, ó ya por que el tiempo las haya limpiado de él y dejado libres sus ángulos. Da compasion el ver algunas miserables casuras aglomeradas en torno de las jambas de aquellos arcos, bascando en sus robustos escombros un apoyo contra su propia debilidad, y pagando este beneficio con la degradacion de aquel grandioso monumento; pero apenas se elevan á la tercera parte de su altura, y sirven para hacer resaltar mas y mas la nobleza y magnificencia del acueducto. Su vista, la del magnifico alcázar y la de la catedral unidas á la general de la ciudad, que forman una sola y hermosa imagen, producen agradable sensacion que arriba á Segovia, dándole á conocer la importancia que en otros tiempos tuvo aquella ciudad, y que hoy tiene por su belleza y magnificencia.

EL LAGO DE CARUCEDO.

TRADICION POPULAR.

III.

HIERRO Y CASTIGO.

Solo à una mujer amaba...
que fué sedad zero 70,
porque todo se acaba,
y esto solo no se acaba.

Calderon. — *La vida es sueño.*



En una hermosa mañana de primavera del año 1493, un caballero de Calatrava armado de todas armas se apeó en la portería de San Mauro de Villarrauda, y ya pisaba el umbral, cuando acertó á ver delante de sí la pasmada figura del padre Acebedo, portero de la abadía, que con atónitos ojos le miraba. — ¿Tan mudado vuelve un antiguo amigo que no le conoce el padre Acebedo? le dijo el recién llegado. — ¿Quién os había de conocer, Salvador, respondió el buen religioso abrazándole, tan galeu y gentil como venís con esa cruz de caballero al lado? — ¡Harta prisa me di para ganarla con aquellos perros, repuso Salvador con aparente jovialidad; pero decidme ¿y el santo Osorio?... añadió, procurando encubrir su zozobra. — ¿Pero sabéis que venís flaco y malparado en tales términos que nadie diría que érais vos? ¿Estáis enfermo?... Jesús! y es este aquel mozo tan gallardo? vaya! si parece que la vejez le ha cogido de improviso en la mejor de su camino! — Pero el venerable abad?... replicó Salvador con impaciencia. — ¡Ay, hijo! contestó el buen portero, está tan postrado con la carga de los años, que apenas se puede decir que vive. Ha mandado levantar una especie de ermita con su vivienda en la *Hondonada del Naranco*, y allí pasa las horas en la soledad sin venir nunca al monasterio. Estos días pasados hablaba mucho de vos y de la pesadumbre que le causaría morir sin que le cerráseis los ojos. Pero os ponéis tan pálido!... ¿queréis tomar alguna cosa? — No, nada, replicó Salvador, procurando ocultar su turbación; solo os pido que le prevenáis acerca de mi llegada, porque podría hacerle mucho daño mi repentina vista. — Si por cierto, dijo el padre Acebedo, voy allá volando, pero venid vos también á aguardar la ocasión de abrazarle en la huerta.

Encamiárase en efecto los dos hácia allá, y el honrado portero con su prisa y su alegría urdió con tanta sencillez como torpeza una fábula, por entre cuyos hilos el buen abad vió harto claro lo que aquello quería decir; y levantándose con no vista y maravillosa presteza, se encaminó á la puerta gritando: — Salvador! hijo mío! por qué no vienes? — Corrió este desolado al encuentro exclamando: — Oh, padre mío! padre mío! y en el mismo diñel se abrazaron ambas sin ser poderosos á decir una palabra. Repuestos por fin y sossegados al cabo de una buena pieza, habló de esta suerte aquel varon piadoso — El cielo ha oído mis oraciones, y ahora despues de haberte abrazado ya puede venir la muerte. Como las días del hombre pasan semejantes á la flor del heno, y los mios estan contados, anhelaaba verte para descubrirte el secreto de tu familia y nacimiento. Largos años te aguardé; pero como no volvías y el plazo iba ya vencido, y á mi diligencia estaba encomendado el abrir el pliego, rompí el sello y lo ví todo. Si en tu corazón se unida la vanidad mundana, regocijete y alza la cabeza, porque eres hijo de los poderosos de

la tierra. Doña Beatriz de Sandoval fue tu madre, y el que te engendró mi compañero de juventud y dulce amigo Don Pedro Giron, maestro de Calatrava. — ¿Con qué seguí eso, preguntó Salvador con ansiedad, el maestro Don Rodrigo Tellez Giron, que murió en el cerco de Loja, era mi hermano? — Si por cierto: la misma sangre corria por vuestras venas. — Con qué era mi hermano! respondió Salvador con una voz interrumpida de sollozos, con qué era mi hermano y murió en mis brazos, y no pude estrecharle en ellas y decirle «¡hermano mío!» ¿Cómo fuí tan sordo, que no escuché la voz de la naturaleza que tan alto hablaba en mi corazón?

Salvador no había llorado ni aun al despedirse de Cristóbal Colon: sus últimas lágrimas habían corrido en las soledades del Nuevo Mundo, como testimonio de los dolores de un mundo antiguo. Desde entonces la esperanza voló de su corazón: de su misma tristeza, solo quedaron becas amargas y desabridas, y al tocar con sus dedos el bello cadáver de su amor y de sus ilusiones, solo encontró un esqueleto descarnado y frío. Como quiera, la revelación de aquel secreto había pulsado en su alma una cuerda que imaginaba rota, y que respondió en son doliente á las palabras del abad: tan cierto es que allí en el fondo del corazón humano siempre hay un eco que responde á los dolores. Salvador había nacido de un amor que no recibió la bendición de la iglesia, en la época revuelta y desdichada del reinado de Enrique IV; sus padres murieron cuando niño, y los zelos de la madre de Don Rodrigo Giron, que temblaba que el maestrazgo de Calatrava, concedido á su hijo, no pasase á su hermano, le acompañaron desde la cuna con tal constancia, que de seguro hubiese caído bajo sus golpes, si el buen abad de Cardena, pariente de su madre, no le hubiese puesto al abrigo de los ignorados valles de Carucedo. Era su suerte la de conocer la vida por sus amarguras, y los amores de la tierra por los vacíos que su pérdida deja en el alma.

Pasado un buen espacio, y como el abad le viese ya mas sossegado, le habló del porvenir que le aguardaba, de los deberes de su nacimiento y de la fortaleza y magnanimidad propia de los hombres, y en especial de los caballeros. Salvador le respondió: — Escuchadme, padre mío, porque mi resolución es seria y profunda, y quiero que la conozcáis. Ya sabéis que en mis dulces años amé con la pureza de los ángeles á un ángel que vino á consolar y embellecer estos valles, y que aquel amor se disipó como el rocío de las praderas. Entonces me lancé por el camino de la gloria, y delante de la vencida Granada el rey me vistió el hábito que veis; pero mi alma estaba enferma de soledad y de ansia de mayor nombradía. Busqué con un hombre enviado de Dios un nuevo mundo al través de la inmensidad y de los abismos del Oceano, y la tierra prometida desplegó á nuestros ojos todas sus galas y riqueza. La vista de aquellas playas solo trajo lágrimas á mis párpados, vacíos á mi corazón y desengaños á mi entendimiento. Por premio de nuestros trabajos el gran Colon y yo hemos tenido gritos á los pies, y la cuchilla del verdugo sobre nuestra cabeza. Ya lo veis, padre mío; el amor es una flor del cielo que se agosta en esta tierra empapada en lágrimas, y la gloria no pasa de una dorada ampapada en lágrimas, y la gloria no pasa de una dorada mentira. ¿Creeis por ventura que un corazón tan llagado como el mío se curará con el humo de las vanidades mundanas? ¿No era mas bello el nombre que labré con mi espada, que el que la suerte tardía me ofrece ahora como por una burla cruel? Yo he venido á buscar el consuelo al pie de los altares y en el seno de la oración: mi resolución es invariable, y si mañana mismo me abriérais las puertas del santuario y recibiérais mis votos, tened por cierto que la bendición de mi padre bajaría so-

bre mi cabeza, cubierta con la cogulla de San Bernardo.

Siguióse una larga pausa á esta declaracion, sin que ni el religioso, ni el caballero se diesen prisa á romper el silencio. — Salvador, le dijo por fin el anciano, levantado me dejas con tu resolution, y aunque no seré yo quien te la repréndas, menos te encubriré las dudas que me asaltan. Dudas tremendas por cierto; porque si el despecho y no la resignacion te traen al silencio del claustro; si en vez de un corazon humilde llamas á las aras de Dios uno lastimado de orgullo y de desesperacion, por ventura encontrarás la pelea donde pensaste hallar el descanso. Créeme, hijo mio, Dios no envia sus ángeles de consuelo sino á las almas que se desprenden y desatan de las aficiones de la tierra. Dime, ¿si llegases á encontrar un dia á la mujer que amaste, no maldecirías de la hora en que naciste?

Brilló entonces en los ojos de Salvador uno de aquellos relámpagos que dan muestras de las tempestades interiores, y dijo con suma zozobra: — ¿Pero no me dijisteis que murió? — Sí; murió para tí y para todos, aunque su alma vivirá eternamente para Dios! replicó el anciano prontamente. — Pues entonces, añadió Salvador con sordo acento, tanto mejor, y por caridad dadme vuestro santo hábito, que sino me juzgais digno de él lo iré á pedir á la puerta de otro cualquier monasterio. — El prelado vacilaba todavia, hasta que el mozo le dijo con entereza. — ¿Qué teméis? ¿No veís que mi frente ha comenzado ya á encalvacer, y que no hay ilusiones, ni engaños por dulces que sean, que resistan á treinta y tres años de pesares? — El religioso entonces como vencido, alzó los ojos al cielo y exclamó: — Hágase la voluntad de Dios!

A los pocos dias tomó Salvador el hábito de San Bernardo en la iglesia de la abacia, y asimismo profesó; cosa en que vino el santo Osorio vencido de sus ruegos, y usando de las facultades que tenia para dispensar el noviciado. Fácil es de conocer la admiracion que causaría á todos los monges semejante suceso, tanto mas cuanto que el nacimiento del nuevo hermano ya no era un misterio, y que ademas todos le habian visto llegar adornado con la cruz de una de las órdenes militares mas gloriosas de España. Miraron como un predestinado al hombre que en la flor de su edad de aquel modo tenia en menos la halagüeña fortuna con que el mundo le brindaba, y desde entonces le mostraron una especie de respeto que su austeridad y devocion aumentaban y engrandecian sobre manera. De allí á pocos dias acaeció la muerte del venerable Fr. Veremundo Osorio, que pasó á mejor vida consumido de caridad y con toda la paz y el sosiego del justo, y en su lugar y como testimonio de veneracion á su memoria, eligieron por sucesor suyo á Fr. Salvador Tellez Girón.

El nuevo abad trataba con dulzura verdaderamente paternal á toda el mundo: el rigor y la penitencia solo consigo propio les usaba, y su mano no contenia con enjuagar las lágrimas que la muerte de su predecesor habia hecho correr en el país, detraíase sin cesar beneficios y consuelos. A pesar de tanta caridad, los monges antes esquivaban su compañía que la solicitaban. A veces encontrábanle paseando en un claustro solitario, y aunque pasasen junto á él ni los sentia ni los saludaba, tan embebido andaba en sus meditaciones. Otras veces los que mas cerca de él estaban en el coro oíale pronunciar en vez de los versículos sagrados, palabras incoherentes y sin sentido, cuya significacion no comprendian, pero que por el acento con que salian de su boca, sucedia que los dejaban helados de espanto. Habitualmente permanecia encerrado en el oratorio de la cámara abacial, donde se guardaba la imagen de una Dolorosa de que años antes

habian hecho merced al monasterio; y arrodillada delante de ella pasaba las horas. Parecía salida aquella virgen del pincel afectuoso y puro de Alberto Durero, así por la casta suavidad de la expresion, como por la correccion suma del dibujo y la delicada belleza de las líneas. Habia desaparecido de su rostro toda la flor de lozanía y de juventud con que las pintores han solido adornar á María, no quedaban mas que los misterios del dolor en aquella frente pálida y marchita, y la gracia y la magia primitiva, propia de la madre de Dios, oscurecidas por las nubes del pesar. Salvador, que segun pudimos ver en el asalto del castillo de Alhama, era muy devoto suyo, acudió á demandarle su amparo y á mostrarle las heridas de su pecho: y en verdad que durante algunos dias creyó que la reina de los ángeles le miraba con amor, porque encontraba un inesplicable consuelo en contemplar su dulcísima semblante, manantial para su alma de suaves y desconocidas imaginaciones, que tanto se asemejaban al recuerdo de las dichas pasadas, como á la esperanza de las venideras. Y sin embargo, absorto en la contemplacion de aquella imagen soberana, poniéndola á manera de talisman sobre sus mas enconadas llagas, y amándola con toda la efusion de su alma, sentia su corazon apartado de la paz del justo, y como codicioso y zeloso del amparo de aquella purísima virgen. Mas de una vez se preguntó con la sangre helada de terror si las memorias de su vida pasada no venian á mezclarse, disimuladas é invisibles en sus religiosas meditaciones; y si en aquel semblante angelico no le representaba la fantasía otro semblante que por largo tiempo se habia aposentado en su alma. — Pero dónde, se replicaba sossegándose, dónde aquella belleza infantil y florida? ¿dónde aquella frente en que la alegría pusiera su asiento? Combates son estos del enemigo comun, añadia ya con calma; velemos y esteemos en pie porque anda alrededor de nosotros como leon rugiente buscando victimas que devorar. Resistámosle con pecho fuerte, y andemos con valor nuestra jornada, pues que peregrinos somos en la tierra. — Así lo ponía en verdad por obra; pero sus combates interiores hacian su semblante cada dia mas adusto y sombrío, y daban á su voz cierto eco duro y destemplado que alejaba las gentes.

Un año se habia pasado desde que le nombraron abad, y las cosas estaban en el estado que dejamos dicho, cuando una tarde que oraba delante de la Dolorosa de su oratorio, aconterció que nuestro conocido el padre Acébedo asomó presuroso por el cancel de la cámara, y se dirigió allá. Abrió la puerta con mucho ruido, y vió al prelado de hincos en la torima del altar, tan embebecido que no le sintió. — Si razon tenia aquel santo varon, decia en voz baja y desconsolada; los espíritus de la calma no han venido á mí, y donde me fingí el descanso he palpado la incertidumbre y la pelea. ¡Oh virgen pura! ¿no está limpio todavía mi corazon de las aficiones terrenas, y moriré sin que cierre mis ojos un sueño de paz? — La soledad del lugar, la luz oscura y apagada que entraba por una estrecha y aguda ventana de vidrios de colores, y que apenas dejaba ver el bulto confuso del abad delante de la borrada imagen de la virgen, y el acento desolado de aquellas breves palabras, amedrentaron al buen portero; así es que volvió atrás, hizo ruido y llamó al prelado, temeroso de enojarle si le sorprendia. Salió este con aquel aspecto grave y recogido que tanto imponia á sus monges, y le preguntó: — ¿Qué traéis, padre portero? — Padre nuestro, respondió este inclinándose, de dos dias á esta parte cuando respondí este inclinándose, de dos dias á esta parte cuando de en los alrededores una supersticion extraña. Dice de que una maga, ó benja, ó no sé que vision, viene por las noches á la fuente de Diana, y tan embebecidos tiene á los paisanos que basta los mismos criados del monasterio

te, y miraba á la luna con distraccion profunda. Recio combate pasaba en tanto en el alma del monje; y clara muestra daban de él su agitacion incesante y viva y las sombrías ojeadas que lanzaba alrededor.—¿Qué he de hacer, dijo por último en voz alta? ¿La he de abandonar cuando Dios la ha privado de su razon y el mundo de su amparo? María, añadió acercándose á ella; es preciso que dejes este sitio y vengas conmigo.—Miróle ella fijamente y le contestó:—Si iré tal, porque me hablas como quien se apiada de los infelices, y no me encerrarás entre las redes de hierro: ¿no es verdad? Mira; yo necesito ver los campos, las aguas y la luna, porque en su luz bajan los espíritus blancos que me hablas de mis pasadas alegrías.—Echaron á andar en silencio, y dado que la loca lo interrumpia alguna vez volviendo al cántico de las sagradas poesías, y se paraba á sacudir las gotas de rocío que á manera de líquidos diamantes colgaban de las ramas de los abetos, todavía llegaron á la puerta del monasterio, cuando no bien el abba comenzaba á reír. Paróse sin embargo la infeliz asustada, y dijo con descosuelo:—¿Sabes que me moriré si me vuelves á las rejas de hierro?

—Si, respondió el abad con cariño; y por eso te llevo á unos campos llenos de flores y alumbrados por una luna resplandeciente.—Llamó en seguida al portero y abrió esta la puerta de par en par: ¿pero cual fue su asombro al ver aquel fantasma de mujer que cruzaba el ámbito de la portería con paso lento y triste adaman? dió un grito de horror, y se arrojó á la pared para no caer.—¿Estais en vos, P. Acebedo? le dijo el abad agarrándole.—¡Ah! sois vos padre nuestro? respondió el asustado portero con indecible alegría; ¿con qué parece que vuesa paternidad la ha convertido al gremio de nuestra santa iglesia?—¿Qué estais ahí hablando de conversion ni de iglesia? replicó el abad, no poco enojado.—Si, padre nuestro; á la maga ó bruja, ó lo que es que ha pasado por delante de mí...

—Necio sois en verdad: ¿no reparais que es hermana nuestra, y que viste nuestro santo hábito? Está loca la infeliz y sin duda se habrá escapado de algun convento.—Tal vez estará endemoniada, y entonces entre los dos con sendos estolazos y conjaros le podremos librar del enemigo malo y....—Adelante paráa en sus remelios, si una colérica mirada de su prelado no lo atajase á lo mejor.—Id, le dijo este friamente, y preparad el Retiro del Abad, porque allí quiero que descanse esta desdichada, que tal vez la soledad y el sitio la curarán mucho mejor que vuestros consejos.—El pobre portero caminó á pieasa para cumplir lo que se le mandaba, no sin murmurar de la sabiduría de las prelados que siempre han de tener razon, por mas que á los súbditos les sobre.

El retiro del Abad era la morada solitaria que habia mandado construir el santo Osorio para pasar en ella los últimos dias de su vida, y consistia en una redacida vivienda y una capilla en que se habia prodigado los primores del arte gótico. Dominaba esta graciosa fábrica la *Hondanada del Naranjo*, y á su voz, aunque mas allá de la cerca de clausura, la enseñoreaban los negruacos y descarados peñascos que en el día sirven de limite occidental al Lago de Carucedo. Llegábase al pequeño edificio por un largo y frondoso empujado, y desde sus miradores se divisaban los frescos y floridos vergeles de la abadía, las verdes colinas de los alrededores, y la masa grave y severa del monasterio; mientras á los pies y en una deliciosa hondura se distinguían grupos de granados y cerezos, cuyos troncos desaparecian entre romeros y retamas que por su parte hacian sombra á un reducido número de colmenas, cuyas abejas sin cesar susurraban entre las flores. El único árbol corpulento que allí crecía era un robusto castaño, en cuyo ramaje anidaban las tórtolas y

palomas torcazes. En suma, era un sitio aquel que así se prestaba á los misterios de la meditacion y del recogimiento, como á la contemplacion de las escenas grandes y elocuentes de la naturaleza.

A este lugar condujo Salvador á María, y se separó de ella, diciéndole.—Todo lo que ves puedes disfrutar y correr cuando quisieres: tambien la luna platea estos soledades, y aqui tienes un altar para pedir á Dios que vengan á tí esos ángeles que te consuelan.—Dicho esto se alejó en compañía del padre Acebedo, que por su parte habia cumplido con los deberes de la caridad trayendo del monasterio leche y frutas para alimento de la loca. Esta se habia quedado contemplando la salida del sol por entre los montes del Oriente sin echar de ver la falta de sus compañeros, que por su parte llegaron á la abadía sin hablar palabra; el abad á causa de la tormenta que trabajaba su alma, y el portero amedrentado de su ceño y ademán sombrío.

Nuestros lectores se servirán volver atrás con nosotros, y recordar el dia en que María y su desdichada madre salieron aceleradamente de Carucedo, sin que supiésemos quienes eran, adonde iban, ni que propósitos eran los suyos. Hoy que de todo estamos enterados, gracias al buen genio que acompaña la curiosidad de los historiadores, podemos anunciar que María era hija de un poderoso señor de Asturias, que D. Alonso de Quirós se llamaba, y que de secreto se casó con nuestra Ursula, doncella de buen linaje, pero tan inferior á su esposo en bienes de fortuna y en calidad, que toda su parentela se desabrió con él por demas y comenzaron á denostarle sin recato ni miramiento. Tan adelante llevó las injurias un su deudo lejano, que D. Alonso le provocó á singular combate; pero la fortuna, que tan ceñuda se le mostraba; tampoco de esta vez le favoreció, y quedó muerto en el campo dejando á su mujer y á su hija de pocos meses cercadas de viudez y horfandad espantosas. Temiendo que Ursula reclamase algun día la herencia de su hija, aquel fúnebre orgulloso la persiguió y vejó en tales términos, que la infeliz abandonada de todos y por donde quiera rodeada de lazos y de asechanzas, se vino á refugiar al valle de Carucedo, atraída de la fama de las virtudes del difunto abad. Ya sabemos el triste fin de aquel desconsolado abad. Pero las tribulaciones habian minado su vida, y la muerte le sorprendió en un pueblo de las montañas de Leon, llamado San Martin del Valle. Con cuanta amargura cerrase los ojos esta desdichada, no hay porque encarecerlo, basta decir que dejaba á su hija desamparada y sola en el mundo, y juguete de los malvados. Sin embargo, como á veces la fuente del consuelo brota en el arrenal mismo del dolor, aconteció que la abadesa de un convento de religiosas Bernardas, que habia en aquel pueblo, la asistió con todo el esmero de la caridad cristiana, y la prometió de oír por su hija, con lo cual murió mas resignada, encargando á esta que buscara en el claustro un puerto contra las tempestades mundanas.

María por su parte, vuelta en sí de tan acervo golpe, declaró el estado de su corazon á la piadosa abadesa, su nueva madre, y esta mujer, compadecida de la pobre huérfana, envió un mensajero al venerable Osorio pidiéndole noticias de Salvador en una carta recatada. Duraba todavía la guerra de Granada, y el buen religioso, prostrado por una larga enfermedad, estaba ya abandonado por muerto, cuando llegó el mensajero de la abadesa

de San Martín. Viendo frustrada el objeto de su viage, procura este al menos, como discreta, indagar el paradero de Salvador, que para todos era un misterio. Sin embargo, como donde quiera hay gente que todo la sabe, no faltó quien le dijo que los arqueros de D. Alvaro Revuelto le habían preso y asesinado en su fuga, en venganza de la muerte de su señor. Como quier que solo si nuestros indicios recogiese en sus pesquisas, dió la vuelta á San Martín, y á los pocos dias tomó María el velo y profesó, cumplido su noviciado. Este velo santo, empero, no calmó la fiebre de sus dolores, y aquel corazón que no concebía mas que el amor, que solo para amar habia nacido, se secó cuando la esperanza se derramó de él como de vasija quebrada. Era por cierto sobrado recio el combate que sin cesar trabajaba á aquella tierna y delicada criatura, así es que su razon se resintió al cabo de poco tiempo, y vino por fin á perderla del todo. Sin embargo, su locura era dulce y apacible, y de continuo hablaba de las alegrías perdidas, de los aguas y de la luna. Veíasele pasar á veces repitiendo versículos de los libros sagrados que aplicaba casi siempre á su situación, y solo se mostraba placentera mirando al astro de la noche y comunicando, según decía, con los ángeles blancos que venían á hablarle de las esperanzas del cielo. Así se pasó mucho tiempo, hasta que un dia su demencia pareció tomar otro carácter mas sombrío, y comenzó á llover amargamente quejándose de que aquellos montes la ahogaban, y diciendo que iba á morir. Estaba el monasterio de San Martín asentado en un valle angosto, cercado de peñascos y de silvestre aspecto, y como su situación encrudiese la manía de la Joca, la abadesa determinó trasladarla al de San Miguel de las Dueñas en el Vierzo, que todavía se levanta, orillas del rio Boeza en la férax ribera de Bemibre, y en situación deliciosa. Aquel pais omeno y pintoresco aquíó por algun tiempo su ansiedad, pero poco tardó en decir que aquellas rocas la sofocaban, hasta que una noche escaló el muro de la huerta, y vagando por los montes, llegó al término de San Mauro, sin otro alimento que raíces y frutas silvestres.

Valvamos ahora á Salvador, que ceñudo, callado y á paso lento entró en la cámara abacial. Encerróse en su aposento, y paseándose desalentado y como loco, y poniéndose la mano sobre el corazón:—¿Con qué es verdad, exclamó, que siempre la he traído lija y clavada aquí como un dardo del infierno? ¿Con qué á ella me encomendaba de hitos ante los muros de Albana, por ella lloraba en los husques de Guanahui, y delante de ella he venido á postrarme en el retiro del claustro? ¿La piedra busca su centro, sin poderlo evitar; los ríos se arresistan al Océano, y el hombre cumple su destino. En vano vela y despedaza su cuerpo, porque la hora llega, y todo se acaba!—En realidad era su suerte en demasía miserable, y no es de extrañar que dudase y se desesperase.

De esta suerte se pasaron algunos dias, y los monges de San Mauro se preguntaban unos á otros:—¿Qué tendrá nuestro buen prelado, que los ojos se le humden, el rostro se le seca y de dia en dia se consume? ¿Para qué asistirá siempre al coro si acaso está enfermo, ni para qué caminará de esa suerte al primero por la senda de la penitencia?—Enfermo estaba en verdad, y no poco, porque su espíritu era un verdadero campo de batalla, y sus fuerzas desfallecian de tanta pelear. Al contrario la menja se mejoraba y sossegaba de dia en dia, y muchas veces se le oía cantar con tono menos triste. Visitábase siempre Salvador en compañía de algun religioso, y sus palabras, si bien llenas de dulzura, eran graves y comedidas. Verdad es que mas tarde, y en la soledad de su celda, se revolcaba por el suelo como San Cecilio en el desierto,

pero sus monges nada adivinaban; tal era su circunspeccion y reserva.

La fuga de María alarmó, como era natural, á las religiosas de San Miguel, y por todas partes despacharon avisos y mensajeros en busca suya. Uno de ellos, despues de haber corrido todas las montañas de la Guisna, llegó por fin á San Mauro y entregó al abad una carta, dándole ademas cuenta de su mensaje. Púsose aquel pálido como la muerte; pero reponiéndose al punto, respondió al mensajero que la religiosa extraviada estaba allí, pero que de tal modo adelantaba en el recobro de su razon, que habia resuelto guardarlo por unos dias mas, despues de lo cual el mismo la acompañaria con dos monges y la dejaría en su casa. Otro tanto dijo por escrito á la abadesa, y con esto despachó al mensajero que sin perder tiempo dió la vuelta á San Miguel. Largo tiempo permaneció el abad sentado en su taburete, revolviendo en su encendida indignacion mil encontrados y locos proyectos, como quien está en vísperas de una de aquellas crisis tremendas que deciden de la vida entera.—¿Eso no! dijo por fin levantándose como un leon herido; apertarla de mi es imposible! He registrado los lugares mas secretos de mi corazón, y en ningun encuentro fuerza para llevar á cabo tan horrible propósito.—Salió en seguida de la celda, y solo y con acelerados pasos se encaminó al Retiro del Abad. No estaba en él María, pero al punto la divisó sentada al pie de un romero y cerca de una columna, mirando con atencion la actividad de las solícitas abejas. Llegóse á ella y le dijo:—María! mirame bien! ¿no te trae mi voz á la memoria el recuerdo de tus dias alegres?—Sí, respondió ella con ingenuidad; ya te lo he dicho otra vez.—Pero, no me conoces, añadió él con ansia! ¿no conoces á tu Salvador?—Mítle la doncella de alto á bajo con sus lánguidos y hermosos ojos, y le replicó:—No; tu no eres Salvador; porque mi amante habia nacido para llevar el arco de los cazadores, ó el casco de los guerreros y no el hábito de los monges.—Salvador se quedó por un rato suspenso, y en seguida con la velocidad del rayo tomó el camino de la abadesa. En verdad que si hubiera reparado en la escena que á su alrededor se ofrecía, tal vez hubiera reflexionado mas la estraña resolución que acababa de tomar, porque el cielo estaba cubierto de perdidas y pesadas nubes, el aire caliente y espeso; los ciervos corrian bramando por las montañas, volaban las pájaros como atontados, y en las entrañas de la tierra oíanse una especie de rugidos sordos y amenazadores. Otra no menor tempestad, empero, rugía en el alma del desdichado, y así sin hacer caso del trastorno que parecia amagar á la naturaleza, llegó á su celda, vistióse por debajo de sus hábitos el traje de cazador que usó en sus primeros años, ocultó asimismo entre sus ropas el arco y flechas y su gaceta con plumas, y tomando en las manos su antiguo rabel, enderezó de nuevo sus pasos hacia la Hondonada del Naranco. Poco tardó en oírse entre las retamas el son del instrumento que acompañaba una canción de caza; y María, como si despertase del letargo de su locura, se levantó trémula, palpitante y escuchando con ansiedad, hasta que por fin exclamó:—Salvador! Salvador!—Salió este entonces con el gentil arreo de cazador, y la doncella delirante y fuera de sí vino á caer desmayada entre sus brazos. Mucho tardó en volver en sí, hasta que por último repuesta ya, tornó á abrazar á Salvador diciéndole con inefable ternura:—Salvador! alma mía!—María! amada de mi corazón! respondía este, cuando la gorra de cazador se le desprendió de la frente y descubrió la cabeza rasurada y el cerquillo de un monge. La doncella al verlo desatóse de sus brazos como pudiera de los brazos de una serpiente; miró con zozobra en

torno suyo y vió el hábito de Salvador caído entre los brazos: reparó en seguida en su propio ropaje; lanzó una mirada errante y desencajada al convento, y como con aquel sacudimiento repentino recobrase su razón, mil ideas tan claras como espantosas se agolparon en su mente, y exclamó cubriéndose la cara con ambas manos.—¡Oh desgraciado, desgraciado! ¿Cómo has podido abusar así del infortunio de una loca ofrecida á Dios, tu que también has hecho tus votos delante de los altares? ¿Cómo has podido arrojar á tus pies ese hábito que para santificarte tomaste? Vuélveme á mi claustro solitario, y déjame morir con inocencia!—Salvador se quedó confuso y cano sonado por un rato, mordiendo los labios y con los ojos clavados en tierra, hasta que con resolución desesperada le dijo, señalándole sus hábitos caídos:—Si; lo he hollado porque me separaba de tí, y porque todo lo estropearía para llegar donde tu estas! ¿Sabes que después que te perdí he sido poderoso y afamado, y que la nobleza y la riqueza me parecieran sin tí todo despreciable? ¿Sabes que por huir de tu memoria me acogí como tú á un altar, y que el altar me rechazó, y que el destino con ímpetu irresistible me ha lanzado á tus pies? Pues bien! cúmplase mi estrella! ya nunca me separaré de tí, y al que quisiera dividirnos le arrancaría el corazón con mis manos!—En esto un bramido sordo se oyó allá en el seno de los montes, y la doncella dijo asombrada.—¡No temas que la tierra se abra debajo de tus pies, y que tus palabras se separen de mí por toda la eternidad?—Aumentóse entonces el ruido subterráneo, y el suelo comenzó á temblar bajo sus pies:—¡Oh! añadió la virgen con las manos juntas; vuélveme al santo asilo de donde me arrancó mi locura, que tenemos al cielo irritado y la muerte nos cerca por todas partes!—No; respondió Salvador, ciego de amargura y de despecho; jamás me separaré de tí! y venga la muerte á sorprenderme á tu lado con tal que rueda yo en tus brazos por los abismos sin fin de la eternidad!—No bien acababa de pronunciar estas palabras, cuando estalló el terremoto con la mayor violencia: vino á tierra estrepitosamente el Retiro del Abad: cayó igualmente la cerca de la clausura, y de los peñascos que enseñoreaban la hondonada, brotó con fragor horrible una catarata semejante á las del diluvio, que se despeñó inundando y arrastrándolo todo.—¡Oh, Dios mío, Dios mío! exclamó María cayendo de rodillas, ¡perdon para nosotros!—Tomóla Salvador en sus brazos y abalanzóse á subir el repecho; pero un trozo del edificio que rodando venía, arrastró consigo á los dos desdichados que desaparecieron bajo el remolino de aquella súbita inundación. Los monjes asustados del terremoto y del estrépito de la catarata que ya invadía los cotos y la huerta del monasterio, salieron de tropel y subieron al Campo de la Legion, donde de rodillas y con las manos juntas rogaban á Dios. Aquel diluvio subterráneo continuaba en tanto vomitando su enorme columna de agua, y en menos de una hora ya toda la abadía presentaba la superficie turbia y alborotada de un lago lomentoso, por donde de trecho en trecho asomaban las cimas de los árboles mas altos y las torres de la iglesia, como los mástiles de un navío colosal sorbido por las olas.

Entonces fue cuando un extraño espectáculo atrajo las miradas de todos los monjes, y era que un ropaje blanco y negro como sus hábitos flotaba sobre las aguas, como el umbo del señor cuando caminaba con pie enjuta sobre la mar irritada, mientras un cisne de blancura resplandeciente, alzándose del agua y posándose en la cima de las rocas de donde brotaba la inundación, cantó con una dulzura y tristeza infinitas como si á morir fuese; después de lo cual levantó el vuelo y se perdió en las nubes.

Acordáronse al ver esto del prelado á quien algunos habian visto encaminarse al Retiro del Abad, y de la pobre luca; y sobre ellos y sobre la aparición del hábito y del cisne se formaron extrañas conjeturas que cada uno glossaba y coloreaba á gusto de su imaginación, si bien todas estaban acordes en que un gran pecado debió producir tan mau trastorno. De todas maneras, los monjes consternados y privados de su asilo, se retiraron á Carracedo, rico monasterio situado en la ribera del Quá; y en el país quedó la tradición que acabamos de contar.

CONCLUSION.

Y es lástima en verdad que todo ello no pase de una de aquellas maravillosas consejas que donde quiera sirven de recreo y de alimento á la imaginación del vulgo, ansiosa siempre de cosas milagrosas y extraordinarias sucesos; porque el asunto despojado de la hojarasca teológica de «mi tío D. Anastasio el Cura» que decía el barquero; y salva la flogedad y desaliño del curioso viagero, no deja de ofrecer interés. Por lo demás el Lago de Carracedo tiene el mismo origen que la mayor parte de los otros, y lo único que lo ha producido son las vertientes de las aguas encerradas en un valle sin salida. Por otra parte es mas que probable que ya en tiempo de los romanos existiese, porque las cercanías estan llenas de vestigios de estos valerosos conquistadores, y suyo, y no de otra mano, parece el conducto subterráneo por donde esta hermosa balsa de agua descarga en el Sil parte de sus caudales, y que desemboca por debajo del pueblo que llaman Peña Rubia. Tal es la verdad de las cosas desnuda y fria como casi siempre se muestra.

ENRIQUE GIL.

AL FIRMAMENTO.

Corra la luz por tus eternos mundos
En tu bóveda inmensa disipada!
Su cabeza frenética, humillada
El pliélagos dobló;
Y sus abismos líquidos, profundos
Plegó ante un leño en su estensum perdido:
Y cual furioso toro, ya vencido,
Dócil al triste yugo se prestó.

Mas tú al hombre atrevido desafiás
Con la bárbara voz del rudo viento;
Y se estremece el misero al acento
Del trueno celestial:
Le niegas el abrigo de tus soles,
El ardiente volcan de tus estrellas;
Tan solo alcanza de sus lucas bellas
Relejo errante, rayo sepulcral.

La virgen eres tu del universo,
El hombre en tus senderos no camina;
No profana la bóveda divina
Su bárbaro furor.
De tu seno de fuego se despiden
Mil cometas, mil soles, mil estrellas;
Que van luego á perderse, cual centellas
Bajo el inmenso trueno del Creador.

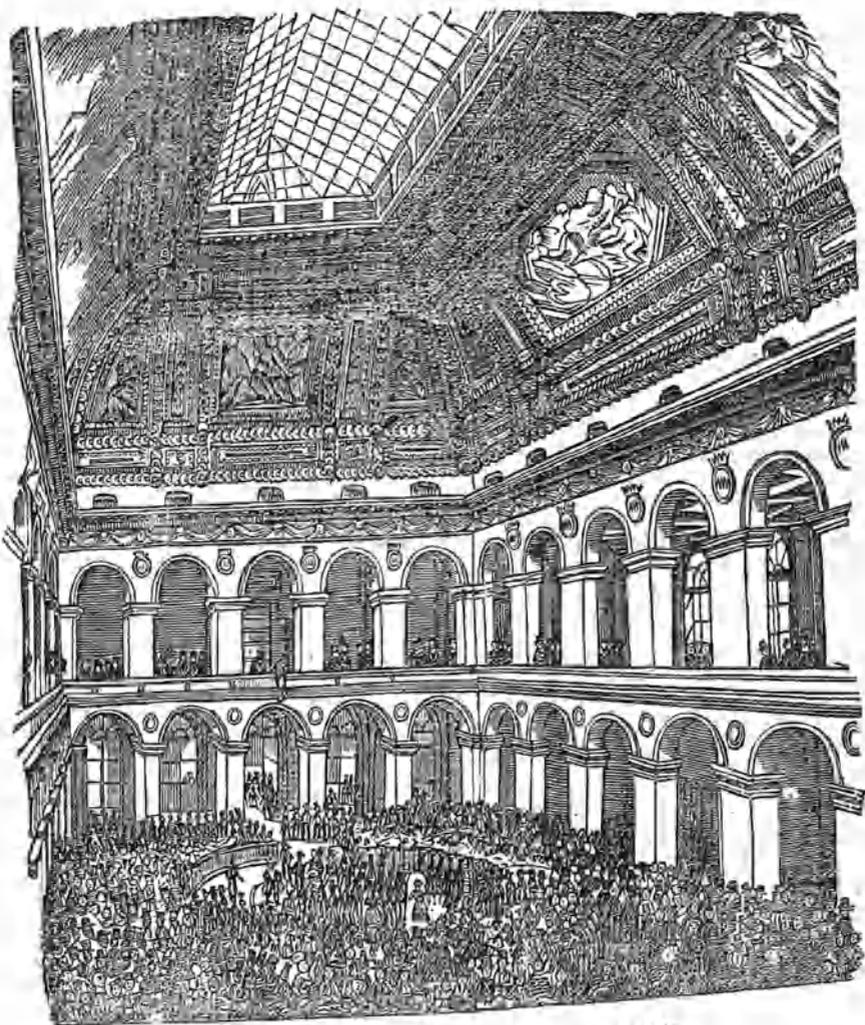
Ya he soñado vivir como el arcángel
Habitante del puro firmamento
Dirigiendo cinco mundos de mi asiento
De safiro y rubí.

Ya levanté tu velo de diamante,
Vi los portentos que tu seno encierra;
Y la beldad, las dielas de la tierra
Eran ceniza y todo junto á ti.

¡Hora de paz cuando la tibia luna
Recorre silenciosa el firmamento!
Acalla entonces un dulce pensamiento
Los ecos del pesar:
Sibhan entre los árboles las auras,
Luz purísima y blanda do quier brilla;
Y entre los brazos de la fresca orilla
Duermen las ondas del tranquilo mar.

La humana mente sus miserias deja,
Para bañarse en tan sublime encanto:
Para admirar el estrellado manto,
Para lanzarme á tí:
Errante vago por tu seno puro,
No vivo ya sobre el odioso suelo,
Y en alas de ilusión dulce consuelo
Desciende como un ángel sobre mí.

SALVADOR BERMUDEZ DE CASTRO.



INTERIOR DE LA BOLSA DE PARÍS.

(Habiéndose hecho la descripción de la bolsa de París en el tomo segundo del Semanario, no se acompaña artículo á este grabado por no repetir aquella.)

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores á la segunda edición del *Semanario*, pueden pasar á las respectivas librerías á recoger la tercera y cuarta entregas reunidas del tomo segundo [1837], con las cuales queda concluido este. En las mismas librerías se halla de venta este tomo segundo, el primero y el cuarto [1836,

1837 y 1839.] Y queda abierta la suscripción para el tercero [1838] único que queda por reimprimir, que se está concluyendo y será entregado de una vez en el mes de setiembre próximo, anticipándole de este modo al ofrecimiento que se hizo al público de concluir la reimpression en diciembre. También sigue abierta la suscripción al año corriente de 1840 que formará el tomo quinto de la colección.